

de vidas transformadas por el Reino de Dios. Es el camino de las bienaventuranzas, un itinerario que recorreremos juntos, en continua tensión entre el “*ya*” y el “*todavía no*”, hambrientos y sedientos de justicia, pobres de espíritu, misericordiosos, mansos, puros de corazón, que trabajan por la paz. Para seguir a Jesús en este camino que Él ha elegido no sirven poderosos protectores, compromisos mundanos o estrategias emocionales.

La evangelización es obra de Dios y, si a veces pasa a través de nuestras personas, es por los vínculos que hace posible. Estén por tanto profundamente ligados a cada una de las Iglesias particulares y a las comunidades parroquiales donde alimentan y gastan sus carismas.

Cerca de sus obispos y en sinergia con todos los otros miembros del Cuerpo de Cristo actuaremos, entonces, en armoniosa sintonía.

Los desafíos que la humanidad enfrenta serán menos espantosos, el futuro será menos oscuro, el discernimiento menos difícil, si juntos obedeciéramos al Espíritu.

Que María, Reina de los Apóstoles y Madre de la Iglesia, interceda por nosotros.

DIDACTICA: REPRESENTACION DE NUESTRA OBRA EN EL JUBILEO DEL AÑO SANTO 2025, ASOCIACIONES-MOVIMIENTOS Y COMUNIDADES

Lunes 28 julio curso formativo-lectivo 2024-2025

Entrevista a nuestros hermanos que representaron a nuestra Obra Apostólica en la Santa Sede en el marco del Jubileo del Año Santo 2025 para las Asociaciones, Movimientos y Nuevas Comunidades

DIDACTICA: MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

Lunes 7 julio curso formativo-lectivo 2024-2025

(fuente: aciprensa EWTN)

El lunes después del domingo de Pentecostés, la Iglesia celebra la memoria de la ‘*Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia*’.

Hoy, fortalecidos por la presencia del Espíritu Santo, tenemos la ocasión propicia para profundizar en una dimensión importantísima de nuestra fe: la Iglesia que Cristo fundó está ligada íntimamente a su Madre y al papel que Ella desempeña dentro del plan salvífico de Dios.

María vela por cada uno de los hijos del Cuerpo Místico de Cristo con amor maternal, los protege de las insidias del Maligno y los acompaña durante su peregrinar por esta tierra.

El rostro maternal de la Iglesia

La incorporación de la celebración de la ‘*Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia*’ en el *Calendario Romano General* es relativamente reciente. Fue establecida el 11 de febrero de 2018 por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, mediante decreto firmado por quien entonces era su Prefecto, Cardenal Robert Sarah.

De acuerdo al documento, “*el Sumo Pontífice Francisco consideró atentamente que la promoción de esta devoción puede incrementar el sentido materno de la Iglesia en los Pastores, en los religiosos y en los fieles, así como la genuina piedad mariana*”.

Con esto, el Papa Francisco nos animaba a prestar más atención a “*la figura de la Virgen María, que es Madre de Cristo y, a la vez, Madre de la Iglesia*”. La razón para ello descansa en la idea de que conociendo más de cerca la maternidad de María seremos capaces de interiorizar también su sentido en las circunstancias propias de nuestro paso por este mundo. Es decir, unidos filialmente a la Madre de Dios seremos más capaces de preocuparnos y trabajar por el bien de quienes nos rodean, dándoles acogida y sirviéndolos.

Que Cristo nazca en todos los corazones

Así como María, que ofreció a su Hijo, cada cristiano debe ofrecerlo también a quienes están a su alrededor. En nosotros está la posibilidad de mostrar a la Iglesia como lo que es, una auténtica madre que vela por sus hijos.

El mencionado decreto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos añade que “*esta celebración nos ayudará a recordar que el crecimiento de la vida cristiana debe fundamentarse en el misterio de la Cruz, en la ofrenda de Cristo en el banquete eucarístico, y en la Virgen oferente, Madre del Redentor y de los redimidos*”.

En repetidas ocasiones se ha cuestionado -desde fuera de la Iglesia y a veces desde dentro- el sitio que se le ha dado a la Virgen. Dichos

cuestionamientos no tienen lugar si se considera que todo en María está referido a Jesús. María no sería Madre de la Iglesia si no fuera antes Madre de Cristo.

“La gozosa veneración otorgada a la Madre de Dios por la Iglesia en los tiempos actuales, a la luz de la reflexión sobre el misterio de Cristo y su naturaleza propia, no podía olvidar la figura de aquella Mujer, la Virgen María, que es Madre de Cristo y, a la vez, Madre de la Iglesia”, precisa el mencionado decreto.

La Iglesia, verdadera Madre

En una de sus colaboraciones para ACI Prensa, el Arzobispo de Los Ángeles, EE. UU., Mons. José Gomez, subrayaba que los primeros cristianos *«tenían una conciencia profunda de que la Iglesia era su ‘madre’ espiritual, que los daba a luz en el bautismo, constituyéndolos en hijos de Dios a través de los sacramentos».*

Mons. Gómez además recordaba que *«los apóstoles a menudo se referían a los fieles como a sus hijos espirituales, reflejando así nuevamente su comprensión de que la Iglesia es nuestra madre y nuestra familia (...) Y en esto, los primeros cristianos entendieron que María era el símbolo perfecto de la maternidad espiritual de la Iglesia».*

En ese sentido la memoria que celebramos hoy puede ser considerada *«un profético redescubrimiento de una antigua devoción»* (Mons. José Gómez).

Día de la Iglesia

Dedicar un día a la celebración de *“la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia”* debe entenderse como corolario de la eclesiología del Concilio Vaticano II (1962-1965). Durante el Concilio, el Papa San Pablo VI declaró de manera explícita que María Santísima es Madre de la Iglesia, convicción que quedaría plasmada en el documento final (Ver cap. VIII de la *Constitución Dogmática sobre la Iglesia, Lumen Gentium*), con el asentimiento de los padres conciliares.

La memoria de la Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia subraya que Ella es Madre de todos los hombres, especialmente de los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, en virtud a la Encarnación del Verbo. Jesús mismo lo confirmó así desde la Cruz: *«Cuando Jesús vio a su madre, y al discípulo a quien Él amaba que estaba allí cerca, dijo a su madre: “¡Mujer, he ahí tu hijo!” Después dijo al discípulo: “¡He ahí tu madre!” Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su propia casa»* (Jn 19, 26-27).

Es claro que la veneración de la Iglesia a la Santísima Virgen no solo no debe ser soslayada, sino, por el contrario, debe ser preservada y fortalecida como un elemento intrínseco del culto cristiano. Así se ha de darse cumplimiento a las palabras de la Virgen: *«Me llamarán Bienaventurada todas las generaciones»* (Lc 1,48).

del Concilio Vaticano II.

La tarde de mi elección, mirando con conmoción al pueblo de Dios aquí reunido, recordé la palabra *“sinodalidad”*, que expresa felizmente el modo en el cual el Espíritu modela la Iglesia. En esta palabra resuena el *syn* —que quiere decir *con*— que constituye el secreto de la vida de Dios. Dios no es soledad. Dios es *“con”* en sí mismo —Padre, Hijo y Espíritu Santo— y es Dios con nosotros. Al mismo tiempo, sinodalidad nos recuerda el camino —*odós*— porque donde está el Espíritu hay movimiento, hay camino. Somos un pueblo en camino.

Esta conciencia no nos aleja, sino que nos sumerge en la humanidad, como levadura en la masa, que la fermenta toda. El año de gracia del Señor, del que es expresión el Jubileo, tiene en sí este fermento. En un mundo quebrantado y sin paz el Espíritu Santo nos educa a caminar juntos. La tierra descasará, la justicia se afirmará, los pobres se alegrarán y la paz volverá si dejamos de movernos como predadores y comenzamos a hacerlo como peregrinos. Ya no cada uno por su cuenta, sino armonizando nuestros pasos con los pasos de los demás. No consumiendo el mundo con voracidad, sino cultivándolo y custodiándolo, como nos enseña la Encíclica *Laudato si’*.

Queridos hermanos y hermanas, Dios ha creado el mundo para que nosotros estuviésemos juntos. *“Sinodalidad”* es el nombre eclesial de esta conciencia. Es el camino que pide a cada uno reconocer la propia deuda y el propio tesoro, sintiéndose parte de una totalidad, fuera de la cual todo se marchita, incluso el más original de los carismas. Miren: toda la creación existe sólo en la modalidad del existir juntos, a veces peligroso, pero aun así juntos siempre (cfr. Carta enc., *Laudato si’* 16; 117).

Y esto que nosotros llamamos *“historia”* toma forma sólo en la modalidad de reunirse, de una convivencia, frecuentemente en medio de disensos, pero aun así una convivencia. Lo contrario es mortal y desgraciadamente está ante nuestros ojos cada día.

Que sus agregaciones y comunidades sean entonces lugares donde se practique la fraternidad y la participación, no sólo en cuanto lugares de encuentro, sino en cuanto lugares de espiritualidad. El Espíritu de Jesús cambia al mundo, porque cambia los corazones. Inspira, en efecto, esa dimensión contemplativa de la vida que aleja la autoafirmación, la murmuración, el espíritu de controversia, el dominio de las conciencias y de los recursos. El Señor es el Espíritu y donde está el Espíritu del Señor hay libertad (cfr. 2 Co 3,17).

La auténtica espiritualidad nos compromete, por tanto, al desarrollo humano integral, actualizando entre nosotros la palabra de Jesús. Donde esto sucede hay alegría. Alegría y esperanza.

La evangelización, queridos hermanos y hermanas, no es una conquista humana del mundo, sino la infinita gracia que se difunde a través

Gracias por ser quienes son y por todo lo que hacen. Los encomiendo a la protección de María, Madre de la Iglesia, y les imparto de corazón mi bendición a ustedes y a todos aquellos a quienes representan. ¡Gracias!»

DIDACTICA: VIGILIA DE PENTECOSTÉS CON MOVIMIENTOS

Homilía del Santo Padre León XIV, 7 junio de 2025 AÑO SANTO

Lunes 21 julio curso formativo-lectivo 2024-2025

«Queridas hermanas y hermanos,

El Espíritu creador, que hemos invocado con el canto —*Veni creator Spiritus*—, es el Espíritu que descendió sobre Jesús, el protagonista silencioso de su misión: *«El Espíritu del Señor está sobre mí»* (Lc 4,18). Pidiéndole que visite nuestras mentes, multiplique los lenguajes, encienda los sentidos, infunda el amor, reconforte los cuerpos y done la paz, nos hemos abierto a acoger el Reino de Dios. Es esta la conversión según el Evangelio: encaminarnos hacia el Reino que ya está cerca.

En Jesús vemos y de Jesús escuchamos que todo se transforma, porque Dios reina, porque Dios está cerca. En esta vigilia de Pentecostés nos encontramos íntimamente vinculados por la proximidad de Dios, por su Espíritu que une nuestras historias a la de Jesús. Estamos involucrados en las cosas nuevas que Dios hace, para que su voluntad de vida se cumpla y prevalezca sobre la voluntad de muerte.

«Me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19). Percibimos aquí el perfume del crisma con el que fue marcada nuestra frente. El Bautismo y la Confirmación, queridos hermanos y hermanas, nos han unido a la misión transformadora de Jesús, al Reino de Dios. Como el amor nos hace familiar el olor de una persona querida, así reconocemos esta noche los unos en los otros el perfume de Cristo. Es un misterio que sorprende y nos hace pensar.

En Pentecostés María, los Apóstoles, las discípulas y los discípulos que con ellos fueron colmados con un Espíritu de unidad, que radicaba para siempre sus diversidades en el único Señor Jesucristo. No muchas misiones, sino una única misión. No introvertidos y belicosos, sino extrovertidos y luminosos. Esta Plaza de San Pedro, que es como un abrazo abierto y acogedor, expresa magníficamente la comunión de la Iglesia, experimentada por cada uno de ustedes en las distintas experiencias asociativas y comunitarias, muchas de las cuales representan frutos

DIDACTICA: DISCURSO DE S.S. LEÓN XIV A LOS MODERADORES DE ASOCIACIONES Y MOVIMIENTOS, 6 junio de 2025 AÑO SANTO

Lunes 14 julio curso formativo-lectivo 2024-2025

«En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

¡La paz sea contigo!

Eminencia, queridos hermanos en el episcopado, queridos hermanos y hermanas:

Me alegra recibirlos durante este encuentro anual organizado por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida para moderadores, responsables internacionales y delegados de asociaciones eclesiales reconocidas o erigidas por la Santa Sede.

Ustedes representan a las miles de personas que viven su fe y ejercen su apostolado en Asociaciones, Movimientos y Comunidades. Quisiera agradecerles, sobre todo, su labor de guía y liderazgo. Apoyar y animar a nuestros hermanos y hermanas en su camino cristiano exige responsabilidad y compromiso, pero también, a veces, conlleva problemas e incomprendimientos. Sin embargo, sigue siendo una tarea necesaria e importante, y la Iglesia les agradece todo el bien que realizan.

El don de las Asociaciones y los carismas

Los grupos a los que pertenecen difieren entre sí en su índole e historia, y todos son importantes para la Iglesia. Algunos se fundaron para llevar a cabo un proyecto apostólico, caritativo o litúrgico común, o para apoyar el testimonio cristiano en contextos sociales específicos. Otros, sin embargo, surgieron de una inspiración carismática, un carisma inicial que dio origen a un Movimiento, una nueva forma de espiritualidad y evangelización.

El deseo de trabajar juntos por un propósito común refleja una realidad esencial: nadie es cristiano solo! Formamos parte de un pueblo, un cuerpo fundado por el Señor. San Agustín, hablando de los primeros discípulos de Jesús, dijo: *«Se convirtieron en templo de Dios, no solo individualmente; juntos fueron edificadas en el templo de Dios»* (En. in Ps. 131, 5). La vida cristiana no se vive aisladamente, como una experiencia intelectual o sentimental, confinada a la mente y al corazón. Se vive con otros, en grupo y en comunidad, porque Cristo resucitado está presente dondequiera que los discípulos se reúnan en su nombre.

El apostolado laico fue fuertemente impulsado por el Concilio Vaticano II, particularmente en su Decreto sobre el Apostolado de los Laicos. Allí leemos que las Asociaciones apostólicas *«son muy importantes también porque el apostolado a menudo exige una acción concertada, ya sea en las comunidades eclesiales o en diversos ámbitos»*.

Las asociaciones establecidas para llevar a cabo un apostolado común apoyan a sus miembros, los preparan para el apostolado y asig-

nan y dirigen cuidadosamente sus actividades apostólicas. Como resultado, se puede esperar de ellas una cosecha mucho más rica que si cada miembro actuara por su cuenta» (n.º 18).

Otras realidades nacieron de un carisma: el carisma de un fundador o de un grupo fundador, o un carisma inspirado en el de un Instituto religioso. Ésta también es una dimensión esencial de la vida de la Iglesia. Me gustaría invitarlos a considerar los carismas en relación con la gracia, con el don del Espíritu.

La Carta *Iuvenescit Ecclesia*, como saben, afirma que la Jerarquía eclesiástica y el sacramento del Orden existen precisamente para que «*la oferta objetiva de la gracia*» hecha a través de «*los sacramentos, la proclamación normativa de la palabra y la atención pastoral*» pueda permanecer siempre viva y presente entre los fieles (n.º 14).

Los carismas, por otro lado, «*son libremente distribuidos por el Espíritu Santo para que la gracia sacramental pueda fructificar en la vida cristiana de diversas maneras y en todos los niveles*» (n.º 15).

En consecuencia, todo en la Iglesia se entiende en referencia a la gracia: la institución existe para que la gracia siempre se ofrezca, y los carismas se otorgan para que esta gracia se reciba y dé fruto. Sin carismas, existe el riesgo de que la gracia de Cristo, ofrecida en abundancia, no encuentre terreno fértil para recibirla. Por eso Dios suscita carismas: para despertar en los corazones el deseo de encontrar a Cristo y la sed de la vida divina que Él nos ofrece. En una palabra, ¡gracia!

Al recordar esto, quisiera reafirmar, siguiendo a mis predecesores y de acuerdo con el Magisterio de la Iglesia, especialmente desde el Concilio Vaticano II, que los dones jerárquicos y los dones carismáticos «*son coesenciales a la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús*» (San Juan Pablo II, *Mensaje para el Congreso Mundial de Movimientos Eclesiales*, 27 de mayo de 1998).

Gracias a los carismas que dieron origen a vuestros Movimientos y comunidades, muchas personas se han acercado a Cristo y han encontrado esperanza en la vida. Han descubierto la maternidad de la Iglesia y desean ser ayudadas a crecer en la fe, en la vida comunitaria y en las obras de caridad, y, a través de la evangelización, a llevar a los demás el don que han recibido.

Unidad y Misión, en Unión con el Papa

La unidad y la misión son dos aspectos esenciales de la vida de la Iglesia y dos prioridades del ministerio petrino. Por ello, pido a todas las Asociaciones y Movimientos eclesiales que cooperen fiel y generosamente con el Papa, sobre todo en estos dos ámbitos.

En primer lugar, siendo ***fermento de unidad***. Todos ustedes experimentan constantemente la comunión espiritual que los une. Es la comunión que el Espíritu Santo realiza en la Iglesia.

Es una unidad que tiene su fundamento en Cristo, quien nos atrae hacia sí y, por lo tanto, nos une unos a otros. San Paulino de Nola escribió una vez en una carta a san Agustín: «*Tenemos una sola Cabeza, una sola gracia que nos llena, vivimos de un solo Pan, caminamos por un mismo camino y vivimos en la misma casa... Somos uno, tanto en el espíritu como en el cuerpo del Señor. Si nos separamos de ese Uno, nos convertimos en nada*» (Ep. 30, 2).

Procuren difundir por doquier esta unidad que ustedes mismos experimentan en sus grupos y comunidades, siempre en comunión con los pastores de la Iglesia y en solidaridad con otras realidades eclesiales. Acérquense a todos aquellos con quienes se encuentren, para que sus carismas estén siempre al servicio de la unidad de la Iglesia y sean «*fermento de unidad, comunión y fraternidad*» (cfr. Homilía, 18 de mayo de 2025) en nuestro mundo, tan desgarrado por la discordia y la violencia.

En segundo lugar, ***la misión***. La misión de la Iglesia ha sido una parte importante de mi experiencia pastoral y ha moldeado mi vida espiritual. Ustedes también han vivido este camino espiritual. Su encuentro con el Señor y la nueva vida que llenó sus corazones despertaron su deseo de darlo a conocer. Han involucrado a muchos otros y han dedicado mucho tiempo, entusiasmo y energía a compartir el Evangelio en los lugares más remotos, en los entornos más desafiantes, soportando dificultades y fracasos. Mantengan siempre vivo este celo misionero entre ustedes: hoy como siempre, los Movimientos desempeñan un papel fundamental en la labor de evangelización.

Entre ustedes, hay muchas personas generosas, bien preparadas y con experiencia práctica. Este es un tesoro que debe aprovecharse al máximo, con la mirada puesta en las nuevas situaciones y desafíos.

Pongan sus talentos al servicio de la misión de la Iglesia, ya sea en los lugares de primera evangelización o en sus parroquias y comunidades eclesiales locales, para llegar a quienes, aunque estén lejos, a menudo esperan, sin darse cuenta, escuchar la Palabra de vida de Dios.

Conclusión

Queridos amigos, hoy nos reunimos por primera vez. Si Dios quiere, tendremos otras oportunidades para conocernos mejor, pero mientras tanto, los animo a seguir adelante en su camino. ¡Tengan siempre al Señor Jesús en el centro! Esto es esencial, y los carismas están destinados a servir a este propósito. Conducen al encuentro con Cristo; fomentan el crecimiento y desarrollo humano y espiritual, y ayudan a edificar la Iglesia. En este sentido, todos estamos llamados a imitar a Cristo, quien se despojó de sí mismo para enriquecernos (cfr. Flp 2,7).

Tanto quienes se unen a otros en la búsqueda de un fin apostólico como quienes disfrutan de un carisma están llamados por igual a enriquecer a los demás mediante el despojamiento de sí mismos. Es fuente de libertad y de gran alegría.